



El espejo de saliva nos sumerge en un viaje narrativo a través de épocas y mundos diversos, donde lo cotidiano se entrelaza con lo extraordinario. Desde las pasiones desbordantes de una librería de segunda mano en «La casa de los paréntesis», hasta la existencia efímera de un mosquito en «El infortunio del chupasangres», cada relato invita a reflexionar sobre los rincones más curiosos y profundos de la experiencia humana.

Tomás Ortega da rienda suelta a su imaginación y explora la relación ancestral entre el arte y la supervivencia en «La maga del meñique torcido» o las desventuras históricas en «A la sazón de la tiranía». También se adentra en la experiencia de un japonés en la Sevilla moderna y vibrante de «Las apariciones de Tanuki Tamioka», y en la vida de un censor atrapado en la maquinaria del régimen franquista en «Las cuentas claras».

Escrito con humor, eclecticismo y una aguda sensibilidad estética, *El espejo de saliva* aborda con maestría temas universales como el amor, la memoria, la censura y la redención. Un homenaje a la narrativa y a su poder para iluminar lo humano en todas sus formas, con un estilo tan reflexivo como cautivador.

LA ABUELA STRA

*Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.
Soledades, Antonio Machado*

La memoria es traicionera, quizás me equivoque, pero estoy casi seguro de que la experiencia es un grado. Hubo un tiempo en el que llevaba una soledad dolorosa a cuestas, tal vez lo confundía con ser una persona solitaria. Porque si en mi mundo interior soy una persona rica, en mi soledad social necesito refuerzos positivos. Por eso

decidí presentarme como voluntario para acompañar a personas aún más solas, pues estando también la juventud afectada de esta circunstancia vital, son las personas mayores las que sufren mayor sensación de abandono. Cada soledad es diferente, y debería llamarse soledades, y dependiendo del día se agudiza, por eso siempre hay que estar prevenido. Soy todavía joven y encima poeta y creo que, cuando dicen que los poetas nombran la muerte antes de morir, ellos la intentan ahuyentar. Pues, en cierta medida, la sensación de soledad se asemeja a una forma de muerte. Y yo tenía que huir, por muy difícil que fuera.

Mi experiencia de voluntario ha sido variopinta y ahora sé que la soledad está presente en función de las expectativas. Todo el mundo necesita cariño y una buena oreja que le escuche. Los compañeros me han contado historias que se entremezclan entre nombres y situaciones con las mías. Porque son todas ellas personas que necesitan compañía, atención y alivio. Así es que cada semana los voluntarios salen en misiones a veces suicidas a comprar plantas, ir al cine, resolver crucigramas, probar panes, dar paseos, siempre y cuando sus piernas se lo permitan, el ascensor funcione y haya tiendas cerca y no solo hoteles y restaurantes si viven en el centro. Roque, sin ir más lejos, no quiere salir de casa. Pasa la vida quejándose en pijama las veinticuatro horas, los siete días de la semana. No se sabe la razón, pero nunca sale. Su mujer ya no quiere discutir y él solo quiere que le digan sí a todo. Gracias al cielo se entretiene con Radio María, con un par de rosarios y despotricando de los políticos durante el telediario.

—¿Cómo van las cosas, Roque?

—Tirando, tirando —contesta siempre.

—Roque, las cosas no están para tirarlas. ¿A que te sientes mejor cuando vengo a verte y te distraes?

—Sí, pero... Y así los días, las semanas, los meses, años. Hasta que una mañana, de repente, decidió salir. Su mujer creía que deliraba. Fueron a la farmacia, a comer a un bar y Roque volvió. Al preguntarle qué sintió, dijo:

—Mucha felicidad, pero llegué muy cansado y me dolía todo el cuerpo. Hasta la fecha no ha vuelto a salir y sigue con su Radio María y despotricando contra ciertos politicuchos.

Josefina vive en un quinto sin ascensor, su familia no va a verla y se siente abandonada, se siente una víctima. Sus estados de ánimo fluctúan, y se entretiene hablando por teléfono y viendo la televisión. Luego te dice si por casualidad te la cruzas que le sueñas del barrio, quizás del mercado de abastos, pero casi nunca sale de sus cuatro paredes:

—La soledad es un estigma —dice Josefina—, como la lepra antiguamente, muy difícil de quitar. Es que no sé qué hacer. Solo veo la tele todo el rato, que es mi máxima compañía. No tengo autonomía viviendo en este piso. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Josefina ahora se siente más acompañada desde que tiene a Omar, un perro salchicha que le hemos regalado al que le hemos puesto arena de gato y parece que ronronea. Y Josefina está más contenta.

Hay un sinfín de almas solas. Cantidad de historias que dejan ver que la soledad es como una mancha muy difícil de escamotear. Algunos dicen que para eso estamos, para intentar que no quede rastro del lamparón. Pero es una mancha persistente, pues lleva demasiado tiempo incrustada en la sociedad. Yo me siento menos solo desde que conozco a Sofía cada jueves. Ella es pequeña, tiene el pelo gris y arrugas de haber vivido mucho, lleva las uñas largas pintadas de colores a la moda con sus ochenta y ocho primaveras, y te mira con ojos verdes tiernos y curiosos. La primera vez que la vi

me enseñó sus fotos de juventud y algunas actuales con sus nietas y bisnietas y luego fuimos a dar un paseo.

—¿Tú de dónde eres? ¿En qué trabajas? —me preguntó. Yo le contesté que era poeta y que daba igual de donde fuera, solo quería hacerle compañía. Ella, que es muy espabilada y se mantiene alerta, dijo:

—Me gusta la literatura porque aprendo de las situaciones de otros, con las cosas y sentimientos de otras personas entiendo las cosas que me pasan a mí y las comprendo mejor. Es una especie de consultoría sentimental donde sacas tus propias conclusiones. Ahora vivimos en la indefinición, como barcos sin deriva, cuando yo era joven tampoco tenía claro el camino, pero sabía hacia dónde quería ir, el camino fue muy duro.

En ese momento me sentí un poco menos perdido y más acompañado.

—La soledad no es una gripe, la soledad es muy particular —continuó Sofía—. Antes las cosas eran distintas. Y tampoco es cuestión de ensalzar el pasado. Hoy en día hay cosas que son mejores y otras peores. Seguimos paseando un rato, el paso muy lento y la vista larga. Y, como Sofía tiene lagunas de memoria y se acuerda de su infancia y juventud nítidamente, pero no de lo que ha comido ese día, al rato volvió a preguntar lo mismo:

—¿Tú de dónde eres? ¿En qué trabajas?

Cada jueves contestaba lo mismo y ella me contaba sus historias mientras entresacaba las razones de su vida. Una vez, resolviendo juntos una sopa de letras, salió la palabra añosa y le pregunté si esa palabra la definía.

—No, yo soy vieja —respondió con una linda sonrisa—. ¿Te aburres? ¿No sabes qué hacer con tu vida? —me preguntó otro día.

—No es eso, solo que hay días que uno no está para nada. La familia, los amigos y las amigas, el trabajo alimenticio, leer, escribir, el deporte, escuchar música, pasear, hasta de eso también te cansas a veces.

—Ya, ya, pero es que no pones más que peros, y claro que la vida no funciona sin ellos. Pero tiene que funcionar a pesar de ellos y los tienes que convertir en tu provecho. Todo lo que hagas no tiene una conclusión, las cosas son puro presente, un proceso continuo y están conectadas, hasta lo más insignificante. Y luego hay que perseverar. Mucha gente se ha ido, pero ahora te tengo a ti. Eres mi amigo. Porque no se te olvide, lo más importante es el amor.

Y añadió mirándome con ojos tiernos:

—La vida es algo así como los títulos finales de una película. En el cine, mientras escuchas la música a veces trágica, a veces cómica, después de cinco minutos de nombres grandes y pequeños, sobre todo pequeños, escuchas a alguien decir con enorme ilusión, ahí estoy yo al final de los rótulos. Y ese alguien eres tú. Eso es la vida, amigo.

Cada jueves Sofía me cuenta su vida y vuelve a preguntarme qué hago y de dónde soy. Y cada vez entresaco una nueva historia. Ahora también comprendo que me apunté para sanar una de mis propias soledades. Aunque la memoria es traicionera, quizás me equivoque, estoy seguro de que la experiencia es un grado. Yo ahora tengo una abuelastra.

[EL ESPEJO DE SALIVA. NOVEDAD. YA DISPONIBLE en Platero Editorial](#)